

LA HORA UCCELLO

© José Manuel Pons Peón

Sábado 3 de julio de 2004, Cádiz. 06:30 h.

La luna llena flotaba a su izquierda sobre el lienzo tranquilo de un mar cuya superficie refulgía con destellos plateados. Esa mañana no llevaba buena cadencia y sentía que tenía plomo en las piernas. Miró de reojo el Garmin 201 en su muñeca izquierda mientras jadeaba llenando de aire sus pulmones. Le quedaban todavía dos series, de modo que se esforzó por mantener las rodillas elevadas mientras completaba la primera a tres minutos treinta el kilómetro. Sin mucho entusiasmo, rodeó el hotel Playa Victoria y enfiló de nuevo el paseo hasta que un acceso de tos la detuvo frente al Arteserrano. Hacía dos semanas que había dejado de fumar y de vez en cuando, sin aviso previo, le asaltaba la carraspera. Una irritación que se veía incrementada por la alergia estacional cuyos síntomas, en su caso, empezaban ya en febrero, afectando su asma.

Decidió que con eso ponía fin a la sesión del sábado. Dio media vuelta y se dirigió trotando hacia La Pepa, donde había dejado aparcado el coche. Allí se apoyó en el murete que separaba el paseo de la playa y se mantuvo observando el disco lunar mientras estiraba los gemelos. El jueves había fallecido una mujer en Jerez debido a un golpe de calor. Pese a lo temprano de la hora, el tiempo era ya sofocante y la humedad lo impregnaba todo. Por ese motivo, había decidido madrugar para hacer sus series. Como no tenía nada programado para el día, podría pasar la mañana leyendo en la playa y quizá echarse una siesta bajo la sombrilla, después de comer algo.

Un nuevo acceso, esta vez más suave pero más largo, la obligó a interrumpir los estiramientos. Cuando pasó, ya no le quedaba mucha voluntad de continuar. Estaba cansada, pero sabía que debía invertir diez o quince minutos más eliminando el ácido láctico de sus músculos. No obstante, la semana de trabajo le pesaba demasiado.

Necesitaba café. Una buena taza de café y un cigarrillo. Con los brazos en jarras, mirando alternativamente sus piernas perladas de sudor y el coche aparcado junto a la terraza de la arrocería, decidió recorrer a pie la distancia que la separaba de La Capilla, el único bar abierto a esa hora, ya en la esquina del paseo.

—Rita Mendosa. ¡Y ehta vé viene sudá! —dijo, a modo de recibimiento, el dueño del establecimiento. Un gaditano alegre y rubicundo en camiseta de tirantes, sobre la cincuentena, con barba de tres días y un mostacho que le tapaba completamente el labio superior. De fondo se escuchaba a Rosa Valenty: *“aquí te ofrezco el higo, la fruta más sabrosa,*

la más estimulante, la fruta que a los hombres les gusta con pasión...”

—Eso es, Paco, vengo chorreando.

—Fíjarse, qué hermosa eh la gashí... ¡Y con ehta calor! Nada más que mirarte me da fatiguita —contestó, dejando caer el puño sobre la barra.

A esa hora solo había otro cliente, un señor enjuto sentado al final de la barra, que sostenía silenciosamente una copita de anís y asentía con la cabeza.

—Anda, por favor, mientras voy al servicio un momento, ponme un café bien cargadito. Luego me invitas a un cigarro, ¿verdad? —dijo Rita, cerrando la puerta sin esperar respuesta.

—Paco, eeh, Paco. Acaba de entrá una rubia medio en bolah y sudando, ¿verdá? —preguntó entonces, desde su posición, el individuo del anís.

—Sí, pero no eh pa un carajote como tú. Ya estás ahuecando el ala, papafrita. Me pagas por la tarde —el otro se encogió de hombros y salió del local lo más dignamente que pudo, hecho al trato.

—Ese café, Paquito —dijo Rita volviendo del servicio, secándose la cara con un trozo de papel higiénico—. Qué poco te duran los parroquianos. Aunque por el aspecto azufrado y la forma de zigzaguear que tenía este último, seguro que llevaba aquí desde que has abierto.

—Claro, abro pronto pa ellos.

—Bueno, Paco —dijo acomodándose en uno de los taburetes—, un par de churritos, por favor.

—Claro, niña. Vas a jincarte un par de shurro... A ver si vas a perdé la línea... Aquí tiene el sigarrito.

—Gracias, querido —susurró mientras aspiraba profundamente el humo del cigarro—. Mmm...

—Ustedes, los fumadores, no sabéis cómo os perjudica fumar.

—Tú siempre tienes un paquete tras la barra. No eres la persona más indicada para hablar de ello.

—Hase años que no fumo. Lo tengo por Denis, ya lo sabeh.

—Sí, perdóname —contestó captando el tono.

—Eh que Denis me tié preocupao. Tose mucho por la mañana, resién levanta. Tose tol día, pero por la mañana...

—Dejarlo es difícil.

—Eh que ahora que ehtamos tan bien... Eh mu difisil lo nuehthro. Sembala, el tío. Eh tan fransé.

—Sí, claro —dijo chupándose los dedos tras finalizar con los churros—. Es que lo es, fran

cés de pura cepa. Mira, no le atosigues. Ya hablaré con él, si quieres. Por cierto, tengo el coche aparcado frente a La Pepa, pero me está volviendo a fallar el carburador.

¿Podré pedirte prestado el tuyo el lunes? Tengo un cliente en Jerez.

—Qué ruina de mujé. Cómprate un coshe nuevo ya, que ehtáh forrá.

—Ojalá. Oye Paco, apúntamelo, que ya ves cómo voy. Nos vemos luego.

—Lo que yo te diga, quilla: guapa, lihta y más escurría de parné que un lejía de vuerta ar cuarté. La silindrera...

Salió a la calle persignándose, como acostumbraba la feligresía de La Capilla, y cruzó el paseo, acercándose de nuevo a la playa. Apoyada en el murete, aspiró profundamente el aire marino. La brisa venía cargada del olor característico que impregna cada poro de Cádiz, que modela la fisonomía de la ciudad y marca el carácter de su gente. Mucha historia de idas y venidas, comercio, luchas, mitos y hambre, reflexionó, desde los fenicios hasta la actualidad. Ciudad buena para el comercio y para la guerra, merced a su posición única a caballo entre el Atlántico y el Mediterráneo, también lo era para ella, una madrileña de Móstoles que llegado el momento midió con el compás la distancia más alejada posible de la capital y emigró sin volver la vista atrás.

Giró la cabeza distraídamente a la izquierda y su mirada se detuvo en los muros del fuerte de la Cortadura y en el único baluarte visible desde su posición. A cincuenta metros a la izquierda se erguía el edificio de la residencia militar cuya bandera, agitada por el Levante matinal, le hizo torcer el gesto. Demasiadas vidas truncadas por instituciones y símbolos que desconocen la existencia de quienes exhalan por ellos su último aliento en playas olvidadas, como aquella que tenía delante. Allí mismo, en las baterías del caño de Sancti Petri, en las marismas y en toda Cádiz, en realidad, se podía hundir una pala en el suelo y al instante manaba abundantemente la sangre

roja de tres mil años de pelea.

Suspiró y asintió pensativa mientras se pasaba una mano por el pelo, que llevaba recogido con un práctico moño bajo. Con la precisión que otorga la práctica se quitó las cuatro horquillas y la goma que lo sujetaban a la nuca, y agitó su melena rubia ahuecándola desde la raíz. Odiaba recogerse el pelo desde el mismo día en que ingresó en la academia militar de Zaragoza, quince años atrás. El suyo era frágil y el moño, práctico y reglamentario en el ejército, se lo estropeaba. No obstante, seguía recurriendo a él cuando corría porque el pelo en la cara, o el vaivén de la coleta tras la cabeza, la incomodaban todavía más.

Dirigió un último vistazo al lienzo de piedra del baluarte. En ese momento apareció, justo en la punta, un hombre que paseaba tranquilamente junto al mar con el calzado sujeto en la mano. El perro que lo seguía se detuvo junto al vértice pétreo semienterrado en la arena, levantó una pata y meó allí mismo frente a la mirada complacida de su dueño, que se había vuelto para esperarlo.

Se palpó parsimoniosamente el muslo izquierdo mientras seguía con la mirada al desconocido. Finalmente, dio media vuelta y se dirigió hacia el coche.

—¿Rita?

—¿Jaime? —contestó apartando el móvil para echar un vistazo rápido a la pantalla— ¿Es que no puedo tener un día libre? Estoy en la playa, ¿sabes?

—Sí, pero esto es importante. O, por lo menos, tiene pinta de serlo. Aquí hay chicha.

—¿Qué?

—Pasta, guapa, pasta. De esa que hace falta para pagar las facturas.

—¿Y no puede esperar al lunes? Esta semana no hemos parado.

—Yo tampoco estoy en el despacho, guapa...

—Está bien, veamos, ¿de qué se trata? —respondió tras una breve pausa, y se incorporó sentándose sobre el pareo, bajo la sombra del parasol.

—Me ha llamado desde Madrid un tal Antonio Maceda.

—No lo conozco —se apresuró a contestar.

—Pues él a ti sí. Me ha dicho que es compañero tuyo de promoción.

—¿Antonio Maceda? —se quitó las gafas de sol y se frotó los lacrimales antes de volvérselas a colocar.

—Eso he dicho.

—Sí... Maceda... tienes razón. Fuimos compañeros —admitió al cabo.
—Pues eso, que le llames, que tiene trabajo para nosotros.
—¿Antonio? Pero si debe hacer más de diez años que no lo veo.
—Pues por cómo hablaba de ti, parecía que solo hiciera una semana.
—Ya... ¿Y te ha dicho de qué se trata?
—No, pero sí ha mencionado que es urgente. Te mando un mensaje con su número.
—Está bien, pero no te prometo nada.
—Haz lo que quieras, pero nos hace falta el dinero... Llámame luego y me dices.
—Adiós —se despidió cortante.

Jaime Leiva no llamaba nunca en balde durante el fin de semana. Tenía un olfato especial para distinguir, entre las llamadas que recibía el despacho, las que anunciaban pago seguro. Desde que se habían establecido cinco años atrás en la calle Columela con Cánovas, cerca de la Bella Escondida, se habían ganado el respeto del resto de despachos de detectives privados de Cádiz y asegurado un cierto prestigio en los juzgados, fruto de la resolución rápida de las investigaciones y de la confección impecable de sus informes periciales.

Cuando constituyeron la sociedad Leiva sugirió utilizar el plural para darle más empaque al asunto, aunque la titular y única detective de “La Hora Uccello, detectives privados” era Rita. Él llevaba la parte administrativa y logística del negocio, atendía las relaciones públicas y hacía el café. Se habían conocido en Madrid hojeando volúmenes antiguos en la Felipa. Rita preguntaba por la segunda parte de *Las Hazañas de Rocambole* y Jaime se acercó a ella con un libro de Zévaco en las manos. En ese momento no había Rocamboles en el establecimiento, informó el librero. Jaime esperó a que pasara el instante de contrariedad y antes de que ella saliera de la librería, la abordó y le ofreció un café, pretextando que a los dos les gustaba el mismo género. Rita se excusó alegando tener recados que hacer, pero Jaime dejó caer hábilmente que poseía el libro por el que había preguntado. Dudó unos segundos, valorando la proposición y al desconocido que tenía en frente, y aceptó.

Él propuso el Gran Café. No había inconveniente, de modo que pasó los diez minutos que invirtieron en llegar a la Calle Mayor observando de reojo al dueño del Rocambole mientras este no paraba de hablar. Era riojano, recién salido de la Autónoma, donde había cursado Administración y Dirección de Empresas, y amante del folletín. Había mucho de folletín, decía, en sus estudios. A Rita le intrigaba el desconocido. La había abordado con mucho desparpajo, seguro de sí mismo. El Zévaco en la mano y una vieja mochila de cuero a la espalda contrastaban con su aspecto. No era mucho más alto que ella. Ojos inteligentes bajo gafas de carey graduadas, pañuelo de seda colgando descuidadamente del cuello, jersey oscuro de punto sobre una camisa rosa de cuello abierto y con el último botón desabrochado, pantalones vaqueros azules y zapatos castellanos de piel florentic color burdeos. Pelo tupido y prematuramente canoso, pómulos sobresalientes, nariz chata y labios carnosos. Un pijo riojano que hablaba y gesticulaba sin parar.

Rita pensaba en todo ello cuando, ya sentados en los bancos de madera, el uno frente al otro, cayó en la cuenta del lugar: el Gran Café, el café Fornos, la antigua calle Peligros, el cabaret y el Riesgo. O sea, puro folletín. Se sonrió mientras lo escuchaba hablar de Eugène

Sue. Al cabo de media hora, y a costa de su Zévaco, a Jaime le quedó meridianamente claro que él no era su tipo. Sin embargo, se cayeron bien y siguieron viéndose durante la siguiente semana. Cuando Rita le dijo que se marchaba a Cádiz a probar fortuna Jaime le propuso acompañarla. Ella hizo un gesto impreciso y dos días más tarde compartían mesa en el Café de Levante, no muy lejos de la calle Columela, donde alquilaron un bajo y abrieron el despacho.

—¡No le has llamado! —bramó Jaime en el teléfono.

—No —respondió Rita guiñándole el ojo a Denis mientras este la observaba divertido desde el otro lado de la barra de La Capilla.

—Es increíble. ¿No te das cuenta? ¡Es trabajo! —dijo alargando las sílabas.

—Verás, Jaime. No es solo trabajo. En primer lugar, el lunes tenemos que entregar la citación a Casajús, y ya sabes que el asunto es delicado. Por otro lado, no sé si nos conviene lo de Maceda.

—¿Qué te ocurre? ¿Acaso no fuisteis compañeros? Querrás decir que no te conviene a ti, guapa.

—Eso es cosa mía...

—¿Cosa tuya? Lo de Casajús es a las seis de la mañana. Este Maceda dice que su asunto urge así que después de entregar la citación te pones en marcha y a mediodía estás en Madrid.

—Mmm, no lo sé. ¿Tú qué opinas, Denis? —preguntó dirigiéndose al francés.

—Nunca le niegues algo a un hombre, *chère*—respondió guasón.

—Está bien—concedió finalmente—. Le llamaré.

—Así está mejor. Hazme caso y pronto podremos mudarnos al Mentidero.

—Se lo debes a Denis.

—Siempre con él.. Me pueden los celos —dijo a modo de despedida, ya distendido.

—Sí, por Denis, precisamente... —respondió guiñándole un ojo.

Al cerrar la solapa del teléfono se dio cuenta de que Denis la observaba fijamente.

—El que ahora está celoso soy yo. ¿Quién es ese tal Maceda?

—Es trabajo, dinero. Pero ando hasta las cejas, por eso estoy dudando en aceptarlo.

—A mí no me la das, *chère*. Hay algo más y si tu socio no lo ve es que está ciego.

—Puede ser —admitió—, pero eso solo me concierne a mí.

—*Mais, je suis muet comme une tombe!*

—Pero tu novio no, Denis. Y como tú se lo cuentas todo a él, a los cinco minutos lo tenemos en el Diario de Cádiz.

—Para mi Paco no tengo secretos, eso es verdad.

—Pues eso. Ya ves como tengo razón. Por cierto, hablando de Paco, dale un poco de vidilla, ¿quieres? Está preocupado por ti, dice que vas muy acelerado.

—*Hélas!* ¡Mi amiga y mi novio poniéndome verde a mis espaldas! —dijo fingiéndose herido.

—Así es, cuando no estás delante te destripamos de lo lindo. Cambiando de asunto, ¿podrás hacerme de chófer el lunes?

—Claro, ¿a qué hora?

—A las cinco de la mañana... Mejor a las cinco menos cinco. Y necesitaré que vengan tus chechenos.

—Esos no duermen, *chère*. Pero yo sí. Es muy temprano, ¿sabes?, y a Paco no le gustan las sábanas frías.

—No se dará cuenta porque hace un calor terrible. Recógeme a menos cinco, anda. Te estaré esperando abajo.

—Qué cara, tienes. Pues sí que se da cuenta porque se me pega al culo. Si no hablas con él, olvídate. Mira, tú, la que habla de darle vidilla a Paco.

—A menos cinco, por favor. Sé puntual —se inclinó sobre la barra y le estampó un sonoro beso en los morros. Recogió la sombrilla y la bolsa de lona que utilizaba para ir a la playa, se dio media vuelta y salió de La Capilla santiguándose.

Sábado 03 de julio de 2004, Palma de Mallorca. 10:00 h.

Echó un vistazo al contenido del paquete higiénico. Cepillo de dientes y pasta, jabón, cuatro preservativos, papel higiénico y un peine de plástico. No siguió. Cerró la caja y la dejó en el suelo, junto al armario anclado a la pared.

—Ahí no. Déjala dentro.

—¿Cómo dices?

—O lo dejas todo recogido, o tendrás que apartarlo a diario cuando escobes —dijo secamente su compañero de celda, un hombre de unos cuarenta años, calvo, enjuto y de nariz aguileña, que le observaba hacer sentado en la litera inferior.

José Luis Maceda había ingresado en la cárcel de Palma la noche anterior y todavía le duraba el aturdimiento. Se sentía absolutamente desprovisto de fuerzas y actuaba dejándose llevar, sin voluntad ni capacidad para pensar con claridad. No obstante, cuando a las siete y media de esa mañana formó con el resto de los presos, se sintió súbitamente turbado. El recuento le trajo recuerdos de su periodo de servicio militar obligatorio y por un momento recuperó la sensación de realidad que había perdido cuando el día anterior franqueó los muros de la prisión. Sin embargo, todo rastro de lucidez ya se había esfumado tras el desayuno, cuando pasó a recoger su paquete. Ahora, ya en la celda, no sabía qué hacer o decir. Se sentía bloqueado. Tenía media hora libre antes de entrevistarse con el trabajador social y continuaba extrañamente apático.

—Hay que escobar —repitió.

—Pues hombre, sí. Y como eres nuevo, lo harás tú. Todos hemos pasado por ello, no te preocupes, que no voy a comerte. No soy maricón, eh. Oye... ¿y tú? —preguntó tras una breve pausa.

—¿Qué?

—Que si te gustan los hombres.

—No —contestó José Luis—. No me gustan.

—Ah, bien —respondió torciendo ligeramente el gesto—. Bueno, a mí tampoco. Me dicen Flechi—añadió al cabo.

—Yo soy José Luis. Nunca había oído ese nombre —dijo alargando la mano. El otro examinó su expresión durante unos segundos y luego bajó la mirada hacia la mano extendida.

—En realidad me llamo Roberto —continuó a media voz—, pero nunca utilices ese nombre.

Llámame Flechi —añadió, y le estrechó la mano con fuerza.

—Mucho gusto, Flechi —dijo José Luis.

—Eso es... Pepelu —sonrió saboreando el sobrenombre—. A ver, ¿cuánto tiempo vas a estar aquí?

—No lo sé. De momento estoy a disposición judicial. Anoche llamé a mi hermano, que vive en Madrid, y solo hemos sacado eso en claro.

—Bueno... ¿y ya sabes cómo funciona esto?

—Tengo una entrevista dentro de un rato.

—Sí, sí. Pero no me refería a eso. Quiero decir, a estar aquí dentro. Después de desayunar tienes que limpiar la celda. Y antes del recuento debes dejar las dos camas hechas y todo colocado. ¿Puedo fiarme de ti?

—Sí —respondió José Luis.

—Muy bien, porque si no está todo en orden los funcionarios nos aperebirán. ¿Vas a hacer algo con esos preservativos? —preguntó señalando la caja.

—No, creo que no.

—Pues dámelos. Por lo demás, haz lo que yo haga y todo irá bien. Dime, ¿por qué te han trincado?

—Por homicidio —contestó—, pero soy inocente.

—Ya, como todos—asintió.

Se acercó a la caja, la abrió y se metió los cuatro preservativos en el bolsillo trasero del pantalón.

Lunes 5 de julio de 2004, Cádiz. 04:55 h.

En previsión de que las cosas no fueran bien se había recogido el pelo en un moño. Era más seguro que llevarlo suelto o en trenza. A pesar del calor y de la humedad, que se hacían sentir ya a esa hora, había elegido unos pantalones tejanos gastados y un blazer oscuro de talle corto, sobre una camiseta blanca de algodón. Como calzado, unas botas de media caña y horma ancha en las que, tiempo atrás, un zapatero guarnicionero le había sustituido la suela de cuero por una de goma antideslizante y reforzado la puntera interior con acero. De ese modo tenía el cabello controlado y los codos y pies protegidos.

Le había pedido a Denis que le ayudara esa mañana con sus chechenos porque no se fiaba de cómo se desarrollaran los acontecimientos. Su intuición le decía que incluso con la ayuda adicional de los matones de su amigo, iban a tener problemas. Manolito Casajús era un charnego que había hecho el camino inverso al de sus padres, trabajadores andaluces inmigrantes en Cataluña. Cansado de chanchullos de poca monta en la Junquera, se había visto forzado a desaparecer tras un feo asunto relacionado con una banda holandesa que traficaba con drogas y armas. Así, optó por bajarse al Sur, donde abundaban las oportunidades y podía ocultarse más fácilmente. En Cádiz se hizo un nombre pasando tabaco desde Gibraltar. Le llamaban “er Fino” no porque fuera delgado, sino por su astucia trapicheando y en honor guasón a sus ciento treinta kilos. Pero esto a él no le importaba. Todo lo contrario: gustaba de utilizar su mote que, sin haberlo planeado, ocultaba su identidad real confiriéndole cierto halo misterioso.

El tabaco le abrió diferentes vías de negocio y le permitió ampliar el abanico de sus actividades. Ahora traficaba con drogas, plantas y animales exóticos, y se había hecho una posición como facilitador de evasores fiscales. Había urdido una complicada trama de correos que anónimamente, y de modo descentralizado, iban y venían de Gibraltar con los maleteros cargados de diferentes productos. Lo hacían con tanta eficacia que raramente la policía daba con uno de sus coches durante los escrutinios aleatorios en la frontera. Cuando esto ocurría er Fino reponía inmediatamente el género malogrado, bien sustituyéndolo, bien haciendo frente a su valor en origen y garantizando una futura transacción a favor del cliente. En tales ocasiones los esfuerzos de la policía se limitaban a la incautación de la mercancía porque resultaba imposible ir más allá del pobre diablo que ejercía de mensajero, desconocedor absoluto de la identidad de quien le había hecho el encargo.

Dos meses atrás una señora había contratado los servicios de “La Hora Uccello, detectives privados” para localizar y entregar a Casajús una citación judicial que nada tenía que ver con las ocupaciones de er Fino. Este había tenido un accidente de tráfico en el que la cliente del despacho había malogrado su vehículo, que fue declarado siniestro total. Ya se habían producido dos vistas sin Casajús, que no se personaba porque no podía ser localizado para la entrega de la citación. La aseguradora pretendía abonar el valor venal del coche, muy inferior al real. Se había llegado a un punto muerto en el que se requería la presencia de Casajús en el juicio. El plazo vencía el miércoles. Con esa fecha en mente, Rita Mendoza y Jaime Leiva habían pasado las últimas semanas siguiendo los pasos de er Fino para entregarle la citación y habían resuelto que el momento propicio era el lunes a primerísima hora en el puerto deportivo de Barbate, en cuyo espigón iba a encontrarse er Fino el cinco de julio exactamente a las seis de la mañana.

El Mercedes Kompressor negro de Paco torció la esquina cinco minutos antes de lo acordado. Rita sonrió satisfecha. Denis y sus chechenos eran exactos y nunca le habían fallado.

—Hola, Borz —dijo al conductor cuando subió. Giró la cabeza hacia atrás para saludar a los demás. Allí estaban, con expresión tensa, Andrei, Dikalu y Denis. Todos sonrieron, excepto Denis.

—*Bonjour les braves!* —la recibió este, visiblemente molesto.

—No estés de mal humor, que te afea —bromeó cuando el coche retomó la marcha.

—Es que he despertado a Paco al levantarme, *chère*. ¡Y tú no has hablado con él, como prometiste!

—Cuando volvamos lo haré —dijo, y se acomodó en el asiento, conocedora de que durante la siguiente hora nadie pronunciaría una sola palabra.

Borz, Andrei y Dikalu eran los tres armarios roperos que constituían la *garde du corps* de Denis. Habían huido de Chechenia con sus familias en los 90, perseguidos y amenazados de muerte por una mafia que aprovechaba las *zachistkei* rusas para identificar sus objetivos, matarlos y quedarse con sus posesiones.

Tras un difícil periplo en el que invirtieron todo lo que apresuradamente habían podido llevarse encima, recalaron en Niza. Allí estos *nojchii* se descubrieron en pleno mes de enero bloqueados en las calles de L’Ariane, sin posibilidad de dar un paso más porque habían agotado sus recursos. De esta guisa los encontró Denis, con sus tres mujeres y dos niños de cinco y siete años. Agotados y sin reflejos, abatidos, sucios y hambrientos. En ese momento Denis vivía en una casa de citas en la carretera de Villefranche-sur-Mer, en

la que ejercía de portero, jardinero, hombre de mantenimiento y ocasionalmente, cuando la situación lo requería, de matón. Un año antes el dueño de la casa había sido encarcelado y extraditado a Marruecos, donde se le buscaba por un delito de estupro. Viéndose solas, las chicas decidieron seguir con el negocio y Denis, un nizado musculoso y extremadamente amable de casi dos metros de altura, les proporcionó la protección necesaria para sentirse seguras y continuar adelante. Sin dudarle un instante, metió como pudo al grupo de chechenos en su coche y se lo llevó al burdel. Allí los alojó en su habitación, la única posible, situada junto a la puerta de emergencia trasera, la misma que a menudo utilizaba para colar en el edificio a sus ligues casuales. Dispuso en el suelo colchones de gomaespuma, de los que guardaba de reserva en el almacén, y dos biombos de tela para compartimentar el espacio. Él pasó a ocupar el office donde tenía el banco de herramientas, la pulidora para el suelo y los útiles que utilizaba en su trabajo.

Los chechenos hablaban un francés muy rudimentario, pero a Denis no le hacía falta más para percatarse de que estaban aterrorizados. Como no poseían visado, les explicó que era necesario conseguir algún tipo de permiso de residencia. Era importante que se regularizaran para no correr el riesgo de ser deportados en caso de que la policía los detuviera. Denis tanteó, a través de un amigo que trabajaba en la Dirección Territorial de la Oficina de Inmigración, qué pasos debían seguir. Entre tanto, se mantuvieron encerrados en el prostíbulo. Las chicas de la casa pronto supieron de su existencia y se compadecieron de su situación. Al fin y al cabo, muchas de ellas habían pasado por lo mismo. De modo que cuando no había clientes jugaban con los niños, enseñaban a las mujeres el idioma y cocinaban para el grupo. Los hombres quisieron ser útiles y se pusieron bajo las órdenes de Denis.

Durante las siguientes semanas repararon el montacargas, engrasaron los goznes de las puertas, limpiaron las humedades del zócalo externo, eliminaron el follaje de la canaleta del tejado, desatascaron las bajantes y pintaron todo el edificio. Uno de ellos, además, que era ingeniero informático, automatizó la gestión de la casa, cobros y pagos, revisando y poniendo al día las cuentas de la mancebía. Gracias a la asociación de Denis con los chechenos, las prostitutas se sintieron paulatinamente más seguras y satisfechas de la marcha de su negocio. No solo habían mejorado sensiblemente sus instalaciones, sino que la contabilidad estaba optimizada y habían conseguido cerrar los últimos flecos que todavía quedaban, en forma de deudas, de la gestión del marroquí. Esto las llevó a trabajar con mayor diligencia, prodigándose en sus encantos más allá de lo necesario en cada servicio y convirtiendo la casa en el establecimiento más reputado de la Costa Azul.

A través de Olivier, su amigo de Inmigración, Denis supo que a los chechenos les sería muy difícil obtener el derecho de asilo. No podían alegar que fueran refugiados ni acogerse a la protección subsidiaria que ofrecía la ley porque no podían probar fehacientemente la amenaza de la que habían sido objeto. De haber sido esto posible hubieran obtenido un permiso de residencia de un año, durante el cual habrían trabajado legalmente y se les habrían abierto nuevas expectativas de futuro.

Hacía cierto tiempo que Denis planeaba afincarse en el Sur de España, en Cádiz. Allí la gente era tan hospitalaria como en Niza y tendría posibilidades de salir adelante. Así pues, al llegar la primavera les ofreció acompañarle. *C'est le point le plus éloigné*, dijo, y los chechenos asintieron. Debían salir de Francia y Cádiz marcaba el límite del continente: no podían ir más lejos.

Alquilaron un piso en La Paz y lo compartieron durante un año y medio, hasta que Denis conoció a Paco y se fue a vivir con él. Los chechenos se radicaron con éxito porque eran buenos trabajadores, confiables y amables. A los dos años de pisar la *Tacita de Plata* habían logrado consolidar su vida en una ciudad que les proporcionó el hogar y el futuro que les habían sido arrebatados en su país. Por lo demás, sentían por Denis un sincero afecto y él, por su parte, había encontrado en ellos la familia que nunca tuvo. Era un hermano mayor para los hombres, para las mujeres un protector, y un tío para los niños. Se había convertido en su padrino en el sentido estricto de la palabra. Sentían tanta gratitud que estaban permanentemente a su disposición y, por extensión, a la de Paco o Rita, su otra familia.

En el interior del coche reinaba una extraña quietud. Sus ocupantes permanecían en silencio, aparentemente ajenos a la gravedad del asunto que los tenía allí. Rita miró atrás y los tres le sonrieron. Calma tensa. Tras coger el desvío hacia Málaga sonó su teléfono. Era Jaime.

—¿Por dónde vais? —preguntó Leiva.

—Estamos a la altura de Chiclana.

—¿Vais todos?

—Estamos todos —respondió lacónicamente.

—Muy bien. Oye —añadió tras una breve pausa—, ten mucho cuidado con ese tipo. Nadie sostiene un tinglado como el suyo sin saber guardarse las espaldas.

—Si otra cosa no me dices...

—¿Has hablado con los chechenos sobre ello?

—Todavía no.

—¿Y a qué esperas, guapa?

—Lo haré cuando estemos a punto de llegar. Al fin y al cabo, no hay mucho que contar. Hay una sola entrada al puerto, ¿recuerdas?

—Las cosas pueden ponerse feas, Rita...

—Como casi siempre. Por eso voy acompañada. Cuando acabemos te llamaré —dijo, y colgó.

Le apetecía fumar, pero allí solo lo hacían Denis y ella. Como los chechenos no toleraban el tabaco no iban a poder echar una calada hasta llegar a Barbate. Deslizó las palmas de las manos bajo las piernas y suspiró. Quedaba todavía algo más de media hora. Tenía la boca pastosa y se sentía irritada. Giró ligeramente la cabeza a la derecha y mordió el cinturón de seguridad. Sentía un intenso vacío abriéndose paso desde la boca del estómago. La sensación no era nueva y Leiva tenía razón al prevenirla. Er Fino era alguien peligroso. Había montado un negocio nada desdeñable basándose en su tenacidad y capacidad para enfriar las situaciones.

En el dinero no había lugar para remilgos, ni para sentimientos de ningún tipo que no fueran los que le llevaban a cerrar los tratos del modo más ventajoso posible para él. Se trataba de una determinación que tenía mucho que ver con el instinto de supervivencia. El

mismo que le había impulsado a cruzar toda la península cuando se vio a sí mismo como un animal acorralado en la frontera de Francia, presa de la desesperación.

Tras aprender de sus errores se había reinventado. Basándose en el tráfico de tabaco desde Gibraltar para crear un flujo constante de ingresos, había logrado tejer una fina red especializada en la evasión fiscal que se extendía por toda España y convergía en Cádiz. En Gibraltar proliferaban sociedades de todo tipo que se alimentaban de capital

que provenía del exterior. Las compañías no residentes no pagaban impuesto sobre la renta del capital porque este venía del extranjero. Únicamente hacían frente a un impuesto anual de cuantía variable sobre el registro. En cuanto a los beneficios, las compañías cualificadas podían llegar a pagar tan solo el 2% y las exentas evitaban incluso este pago. Además, se garantizaba el secreto bancario, pese a que la OCDE, con el Grupo Primarolo, el GAFI y la CEE andaban permanentemente tras el gobierno de la Roca

para que aplique la directiva 799/77 de la CEE en lo concerniente a los impuestos y al intercambio de información. De este modo, habían aparecido en Gibraltar casi tantas empresas como

habitantes tenía el Peñón. España, harta de semejante situación, con Andorra al norte y Gibraltar al sur, había llegado a publicar en el BOE una lista general de paraísos fiscales en la que sus vecinas ocupaban el primer y el octavo lugar, respectivamente. La OCDE hizo lo propio con Gibraltar nueve años más tarde, el 26 de junio de 2000.

Evasores de toda España mandaban el dinero por carretera. Nunca más de 80.500 €, el máximo permitido en los movimientos dentro del país. Al llegar los correos a Cádiz, el dinero se depositaba en cualquiera de los cinco pisos que Er Fino poseía en la ciudad. Allí la cantidad se fraccionaba en partes inferiores siempre a los 6.000 €, el tope permitido en metálico con el que poder pasar la frontera. Otros mensajeros distintos eran los encargados de franquear la valla. Cada uno hacía dos viajes diarios. Casi doce mil euros por persona y día. Una vez en Gibraltar entregaban el dinero al director fiduciario de la empresa a la que iba destinado, que ingresaba inmediatamente el dinero en las cuentas bancarias de la sociedad. Este solía ser el hombre local de paja, el que figuraba en lugar del propietario real. Se trataba de un sistema que basaba su eficacia en la simplicidad y en la dispersión. Manolito Casajús no figuraba en ningún documento.

Los pisos no estaban a su nombre, tampoco los coches y los correos no sabían quién era Er Fino. Solo confiaba en sus guardaespaldas, de quienes jamás se separaba: cuatro *ustachas* croatas de mirada aviesa, con una “U” sobre una cruz tatuada en el antebrazo derecho.

Rita pensaba en todo ello y en lo extraordinario de la información que iba a permitirle entregar la citación judicial: cada 5 de julio en Fino acudía religiosamente a las seis de la mañana al espigón del puerto de Barbate y allí permanecía por espacio de diez o quince minutos haciendo nadie sabía el qué.

Al coger el desvío hacia la 343 se incorporó en el asiento y carraspeó mirando el reloj. Eran las 05:45 de la mañana.

—Escuchadme, por favor —dijo girando sobre sí, inclinándose hacia el hueco entre su asiento y el de Borz—. En la punta del espigón hay una persona a la que tengo que entregar una citación. Probablemente, lleve guardaespaldas consigo.

—¡Vaya novedad, *chère!* ¿Cómo no lo habremos pensado antes? —contestó Denis con marcada ironía.

—¿Sabes cuántos? —preguntó Andrei.

—Cuatro.

—Llevarán armas —reflexionó Borz.

—Seguro, pero no debéis preocuparos porque no las utilizarán. Lo normal es que los haya dejado en la verja. Para disuadir. Por lo menos, a un par de ellos. Dos fuera y dos dentro. Es lo que yo haría. Vuestra tarea consistirá en que no me ocurra nada cuando rebase a los dos primeros.

—¡Se cree la prima d'Arsène Lupin! Y dinos, ¿cómo piensas superarlos? —a Denis le duraba todavía el enojo.

—Pidiéndolo, simplemente. Tengo una intuición.

—Si ha dejado a su gente en el acceso al muelle, como presumes, y acabas pasando al interior, sabes que a partir de ese punto estarás sola —apuntó Dikalu—. No creo que nos dejen acompañarte.

—No os preocupéis. Vuestra simple presencia ya es útil y es lo que necesito. La persona a la que voy a ver no querrá ningún altercado.

—Comprendo—reflexionó el checheno—. Si es así, quedándonos en el anillo externo de seguridad anulamos a los otros dos guardaespaldas.

—Exacto, porque seréis cuatro para dos. Y el espigón solo tiene un acceso.

—Dinos, *chère*, ¿quién es el tipo? Lleva protección y no quiere escándalos... o es un político o un mafioso.

—O un político mafioso —apuntó Andrei.

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó Dikalu.

—En nuestro país, no —contestó Borz, y los tres chechenos asintieron silenciosamente.

—Llegamos, chicos. Estad atentos —anunció Rita cuando torcieron a la derecha para rodear la bocana, camino de la verja de entrada.

Allí estaban apostados dos hombres tan corpulentos como los chechenos. Pelo rapado, mandíbula ancha y cara de pocos amigos. Ambos vestían de oscuro, con chaqueta de manga larga y zapatos inusualmente puntiagudos.

—Es tal y como has dicho —observó Borz—. ¿Dónde crees que están los otros dos?

—Cerca del objetivo —contestó Rita—. Cuando lleguemos a su altura extended las manos hasta los reposacabezas delanteros. Los tres. Y tú, Borz, no las despegues del volante.

El Mercedes avanzó lentamente hacia la verja. Uno de los croatas se adelantó varios metros e hizo señales para que dieran la vuelta, pero Borz continuó, parando junto a él. Bajó la ventanilla e indicó con la cabeza en dirección a la mujer. El *ustacha* no se inmutó, aunque Rita vio cómo su colega echaba disimuladamente la mano a la cadera y se situaba junto al pivote de la cancela.

—Den media vuelta, sze han equivocado de dirección.

—Vengo a ver a tu jefe —se inclinó hacia la ventanilla de Borz—. Me llamo Rita Mendoza.

—¿Y qué? No la conozco —contestó el ucraniano—. Le he dicho que de media vueltej. Lárguense.

—Escucha —continuó, ignorando el tono—. Todos sabemos quién está ahí dentro. ¿De veras quieres que nos marchemos, sin llamar siquiera y consultar qué hacer con nosotros?

—Eszpere —contestó a regañadientes al cabo de unos segundos—. Baje del coche. Szolo uszted.

Rita lo hizo y el *ustacha*, sin quitarle la vista de encima, la agarró del brazo y se la llevó consigo a la acera opuesta, situándola de espaldas entre el coche y él para dejar el campo de visión despejado a su compañero y guarecerse de los recién llegados con el cuerpo de la mujer. Mendoza sintió el contacto punzante de algo frío en su espalda. No hacía falta que el tipo le explicara que debía mantenerse inmóvil mientras este realizaba la llamada.

—Uszted sze queda, ellos sze van —dijo al colgar.

—Ellos no se van —contestó Rita sin inmutarse—. No querrás perderlos de vista, ¿verdad? Solo quiero hablar con tu jefe un instante. Luego nos iremos.

—Eszta bien —dijo el armario tras valorar el grado de sinceridad de aquella mujer que, encañonada como estaba, o decía la verdad o era una loca, inconsciente de quién era la persona con la que se jugaba los cuartos—. Dígalesz que paren el motor y que sze bajen. Sze quedarán en el lateral del coche, de espaldasz a la vierja y con las manos szobre el techo. Uszted vienga conmigo.

Hizo lo que le pedía. Sin dejar de sentir el arma en su espalda, retrocedieron hasta rebasar la verja. Allí mismo la registró contra el alambre. Ella llevaba la citación en la mano, pero el matón prefirió quedarse con su teléfono móvil, que guardaba en un bolsillo trasero del pantalón, con las llaves de su casa y con el puñado de horquillas para el pelo que siempre la acompañaba. Le pidió que esperara. Al cabo de un par de minutos apareció otro hombre con el mismo aspecto, algo más bajo y de mirada más sombría. Venía del espigón. Tras intercambiar algunas palabras con su compañero, le indicó con un gesto de la mano que empezara a andar delante suyo. Recorrieron en silencio la distancia que los separaba de la escollera, donde la carretera viraba a la izquierda. Rita no podía apartar la vista del muro a su derecha. Al otro lado, ocultos por la pared, estaban los enormes cubos de hormigón que proporcionaban la seguridad a la bocana y que permitían la existencia del puerto. Se preguntó, pensando en semejante basa, si sus propios cimientos sostendrían bien el embate que iba a sufrir de manos de er Fino, a quien no imaginaba de muy buen humor.

Lo que habían descubierto sobre sus negocios durante las últimas semanas indicaba que Manolito Casajús no se encontraba allí por algo relacionado con ellos, sino más bien por algún asunto personal. Y es en lo personal cuando la gente de su tipo resultaba realmente amenazante.

Pararon a diez metros de la punta, donde esperaba el último *ustacha*. Fue registrada de nuevo, esta vez contra el muro. Le deshizo el moño y, tras comprobar que no llevaba nada oculto en el pelo, se quedaron allí, inmóviles como estatuas. Er Fino miraba hacia el mar, aparentemente ajeno a la escena que se desarrollaba a su espalda.

—Acérquese —dijo con tono neutro, sin dejar de observar el horizonte. Rita se aproximó a su posición, quedándose prudentemente a algunos pasos de Casajús—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Rita Mendoza. Soy detective privado.

—Detective privado... ¿De dónde?

—Soy madrileña, pero tengo mi agencia en Cádiz.

—¿Y cómo ha sabido dónde encontrarme? —Rita permanecía atenta a cualquier signo en la modulación de la voz, o en sus movimientos, que la ayudara a interpretar lo que venía luego.

—Me ha costado varias semanas averiguarlo, pero no puedo revelárselo. Seguro que lo comprende.

—Está bien —contestó Casajús arrastrando las palabras—, dígame qué desea de mí y váyase.

—Solo entregarle esto —dijo, y extendió el brazo. Er Fino se giró y la miró por primera vez. Lo hizo con sumo cuidado, despaciosamente, calibrando qué tipo de mujer tenía delante. Rita se sintió admirada por su aspecto imponente, pero fue el hielo en su mirada, de un intenso color azul, lo que más la impresionó. Pese a su envergadura, avanzó hacia ella con agilidad y tomó el sobre. Al abrirlo y empezar a leer levantó la cara asombrado.

—¡Esto es una citación judicial por un accidente!

—En efecto, señor Casajús. Si usted no acude, mi cliente se quedará sin su coche, que necesita para trabajar.

—¿Su cliente?

—En efecto, se trata de una mujer divorciada con dos hijos, que se gana la vida en Chipiona con mucho esfuerzo.

—Una mujer, un accidente...—pensó en voz alta— sí, ya lo recuerdo. Tiene usted mucho cuajo, señora Mendoza, presentándose aquí con esto.

—Me pagan por ello.

—No, no, insisto —continuó er Fino—. ¿Sabe qué tipo de hombres son los que la han traído hasta mí?

—Ni lo sé, ni me interesa —contestó sin inmutarse, a pesar de que Casajús no apartaba su mirada de ella.

—No mienta, claro que lo sabe. Si ha podido situarme hoy aquí, sabe perfectamente quiénes son. Y, aun así, se ha atrevido a venir. De hecho, aceptó el encargo de su cliente sin pestañear, ¿me equivoco? —preguntó acercándose más a la mujer.

—No, no lo hace —contestó tras unos segundos. Tratava, a duras penas, de que no trasluciera en su voz, o en su cara, la inquietud que sentía crecer en su interior.

—¿Por qué? ¿Por qué, sabiendo a quién iba dirigida esta citación, aceptó el trabajo?

—Usted mismo lo ha dicho: es trabajo.

—No lo es, Mendoza. Acaba de describirme a su cliente como el tipo de persona que tiene poco con lo que pagar las horas de trabajo de una detective. ¡Por qué aceptó el trabajo! ¡Dígame!

Estaba tan cerca de Rita que esta pudo oler su loción de afeitado.

—Precisamente, por lo que ha dicho: porque no tiene con qué pagarlo —acabó por admitir.

—¡Ajá! —dijo complacido retirándose un par de pasos—. Es valiente e idealista. Ahora veremos si también es una mujer inteligente. ¿Sabe qué hago hoy aquí?

—No me incumbe, así que no me molesté en averiguarlo.

—¿Por qué? Estoy convencido de que usted es alguien que prevé todas las posibilidades en su trabajo operativo. ¿No le parecía oportuno conocer de antemano con qué se iba a encontrar esta mañana?

—Con saber que no estaba relacionado con sus actividades habituales tuve suficiente. No me interesaba saber más. O, mejor dicho, me interesaba mucho no hacerlo —recalcó afianzando sus últimas palabras con una mirada que trató de ser firme.

—Ya veo —valoró Casajús examinándola mejor—. De veras no lo sabe...

—Lo que usted haga o no aquí es algo que se escapa al objeto de mi investigación. Únicamente precisaba dar con usted... ¿Va a comparecer? —preguntó.

—¿No es eso algo que va más allá de su investigación? Le han pagado por entregar la citación. ¿Qué más le da lo que haga con ella? Pero seguramente es usted una romántica y le gustaría que su cliente resolviera satisfactoriamente su problema, ¿verdad?

—Es cierto. Lo creo justo.

—Y a usted le preocupa la justicia, claro —prosiguió er Fino interesado.

—La justicia no siempre es lo aparente, señor Casajús. Con equilibrar la balanza tengo suficiente.

—¿Y eso significa que esa mujer recupere su coche?

—No exactamente —contestó Rita dirigiendo su mirada momentáneamente al horizonte. Olvidándose de su interlocutor, se acercó absorta al final del muro—. En su caso se trata de que siga teniendo una oportunidad. Quedarse sin su vehículo significa perder la ventaja.

—¿A qué se refiere? —preguntó er Fino, que la seguía con la mirada.

—Vivir es muy duro para la mayoría, señor Casajús. Tener ventaja en la vida sobre el puesto que a cada cual le toca ocupar es algo muy particular que no siempre se ajusta a lo que suponemos.

—¿Y dónde reside la ventaja de su cliente? —preguntó situándose a su lado, mirando también hacia el mar.

—En saber que, pese a lo precario de su existencia, puede permitirse educar a sus hijos. O, más bien, en no verse abocada a la vergüenza de admitir que no puede hacerlo.

—Entonces, hablamos de orgullo.

—Yo diría que es coraje. O desesperación —continuó, hablando más para sí misma que para er Fino, que había dejado aparcada su irritación inicial—. Cuando vemos las imágenes en televisión de alguien saltando por la ventana de su casa para huir de las llamas que la consumen, ¿no le parece eso un acto de coraje? Es evidente que es la desesperación la que hace que dé el último paso, pese a la altura. No me responda si no quiere, señor Casajús. De todos modos, sabré si ha comparecido. Ahora debo marcharme, no le molesto más —dijo, se dio media vuelta sin esperar contestación y empezó a andar hacia los *ustachas*.

—Espere —gritó er Fino cuando ya había alcanzado a los croatas. Rita se detuvo—. Tenía usted razón, Mendoza. El motivo por el que vengo aquí cada cinco de julio es privado. Y espero que siga siéndolo —deslizó amenazador—. ¿Supone usted que mis actividades, como las ha llamado, constituyen mi ventaja particular en la vida? Las cosas no son lo que parece, creo que ha dicho. No, señora mía, no lo son. Yo perdí esa ventaja de la que habla aquí mismo, hace cuatro años. Pero eso lo supe después, cuando ya no había remedio.

—Adiós, señor Casajús—contestó Rita al cabo de unos instantes, sorprendida y desconcertada por la extraña revelación que acababa de hacerle y por el tono enigmático con el que la había acompañado.

—Volveremos a vernos, Rita Mendoza —contestó este, y volvió a sus cavilaciones junto al muro, más oscura su mirada que antes de conocer a aquella mujer.

—¿Antonio? Soy Mendoza —dijo echando una calada al LM que le había ofrecido Denis. Al salir del puerto deportivo habían aparcado el Mercedes en la Avenida del Atlántico y bajado al paseo buscando alguna cafetería donde atemperar los humores—. Disculpa que

llame tan temprano, pero he imaginado que estarías ya en pie.

—¡Rita! Cuánto me alegro. Sabía que no me fallarías —contestó Antonio Maceda con evidente satisfacción.

—No corras tanto, ¿quieres? Hace cinco años que no hablamos y todavía no te he dicho si acepto...

—Ocho —corrigió.

—¿Qué?

—Que hace ocho años que no nos vemos. Desde que ascendiste y te fuiste.

—Ya —contestó algo molesta. Aplastó furiosamente el cigarro en el cenicero y le pidió otro a Denis con la mirada—. Mi socio me ha dicho que tienes un problema urgente.

—Sí, ejem, lo es, y muy grave. Se trata de José Luis.

—¿De tu hermano?

—Sí, verás, el sábado le detuvo la policía. Ahora mismo se encuentra a disposición judicial en la prisión de Palma.

—¿Cómo? No lo entiendo. ¿José Luis? ¿Y qué ha hecho?

—Nada, ya lo conoces. Se trata de una equivocación. ¿Podrás ayudarnos?

—Lo que necesitáis es un abogado, Antonio, no una detective privado —dijo esquivando el tono suplicante de Maceda.

—Ya lo tenemos. Lo que quiero es que le eches una mano, que trabajes con él. El asunto no pinta muy bien, Rita. Y José Luis y tú...

—¿Ocho años, has dicho? —cortó bruscamente—, pues son los mismos ocho que hace que tu hermano y yo dejamos lo nuestro. Además, vivo en Cádiz, ¿sabes?, y él en Mallorca. ¿Tienes idea de cuánto os costaría contratarme? Eso, en el caso hipotético de que aceptara ayudaros, que no os hace falta. Dios ya no anda por el mundo, Antonio.

—Está acusado de homicidio —soltó a bocajarro.

—¡¿Cómo dices?!

La estupefacción había dibujado una mueca de sorpresa en su rostro. Denis la miraba de reojo, poco acostumbrado a verla desconcertada.

—Sí. En uno de los parajes naturales que su grupo político apadrina se han metido unas máquinas a construir no sé qué. El caso es que han topado con los restos enterrados de una moto y resulta que el número de bastidor dice que es suya.

—Bueno, ¿y qué?

Apagó el cigarrillo y le indicó a Denis que le encendiera otro.

—Pues que enterrado junto a esa chatarra, han encontrado un cadáver.

—¡Hostia!

—Eso hemos dicho todos. Tú conoces bien a mi hermano y sabes que no es capaz de matar una mosca.

—No, Antonio. No lo sé —contestó taciturna hundiendo la mirada en el café de la taza que tenía delante— El José Luis que yo conocí no era el mismo hombre del que me divorcié. Y con el actual hace años que no mantengo contacto. Ocho, según dices.

—Venga, Rita...

—Ocurre lo mismo contigo. Y conmigo. No somos los mismos, reconócelo. Y si ha sido nuestro pasado común el que te ha impulsado a llamarme, te has equivocado completamente. Contéstame: ha sido él, ¿verdad?... el que te ha sugerido llamarme.

—No, no, José Luis no sabe nada todavía. Está confiado, pero a mí todo esto me da muy mala espina. Creo que va a necesitar toda la ayuda que pueda recibir. Y sé que eres buena en lo tuyo, aunque siga sin entender por qué te fuiste.

—Vaya cara tienes —respondió áspera—. ¿Así que no lo entiendes? Hombre, pues hace falta poco. Mi marido, un putero redomado, y mi cuñado, colgado por mí, echándome los tejos en casa y en el trabajo. Lo que no sé todavía es cómo no me largué antes.

—Sí... tienes razón, lo admito —reconoció Maceda—. Pero no me refería a eso, sino al ejército. Eras la *primeraca* y hubieras podido hacer lo que quisieras... En cuanto a tu minuta, no te preocupes. La familia de mi mujer tiene dinero.

—Joder, Antonio, casi no me creo lo que oigo... En fin, si realmente quieres un detective —atajó echando la última calada al cigarrillo bajo las atentas miradas de Denis y de los tres chechenos—, te daré un par de nombres. Gente de la isla, profesional y que conoce aquello. Por lo demás...

—No, espera. Por favor, Rita. Ve a Mallorca y habla con José Luis y su abogado. Sin compromiso. Luego decide si aceptas o no. Doblaremos tus honorarios.

—Qué valor tienes, Antonio —contestó desabrida.

—Solo un día. Ir y venir. Pero te bastará para hacerte a la idea. Te lo ruego. No te arrepentirás.

—¿Qué opinas, Denis? —preguntó.

—¿Denis? ¿Quién es? ¿No estás sola? —sonó al otro lado del auricular.

—Ya lo sabes, *chère*. A un hombre no se le niega nada —contestó el francés dejando en suspenso el final de la frase.

—¿Con quién hablas? —seguía preguntando Maceda.

—Está bien —concedió al cabo—. Ir y venir. Arregla los detalles del viaje con mi socio.

—Así lo...

Rita ya había colgado.

Tecléo un mensaje rápido a Leiva informándole sobre la entrega de la citación a Casajús y le cogió el paquete de tabaco a Denis, que la miraba impasible. La conversación le había removido recuerdos incómodos. Antonio Maceda y ella pertenecían a la misma promoción de la academia, aunque habían escogido diferentes Armas. Él Infantería, y ella Caballería. Pronto congeniaron y empezó a frecuentar la casa de la familia. El padre de Antonio era trabajador en la Opel de Zaragoza y la madre daba clases en el primer ciclo de la EGB. Ambos eran personas muy amables y sencillas y Rita pasaba mucho tiempo del fin de semana conversando con ellos. Le habían abierto las puertas de su hogar con la misma hospitalidad espontánea con la que acogían a cualquier recién llegado, como pudo comprobar durante los siguientes años. Eran aragoneses en el mejor sentido de la palabra. Maños amables, cálidos y obstinados. Alberto Maceda, activo sindicalista de Comisiones Obreras, gustaba de hablar de política en la mesa y frecuentemente chocaba con su mujer, defensora de la educación y de los valores de la persona al margen de los colores políticos. A Rita las comidas de los domingos en casa de los Maceda, cuando el plan de estudios de la academia le permitía tener el fin de semana libre, le desvelaron un mundo desconocido.

Frecuentando la casa fue poco a poco, pero todavía durante el primer año de carrera, enamorándose de José Luis, el hijo mayor. Él estaba entonces estudiando tercero de Derecho y ya mostraba su inclinación por lo que llamaba *los perdedores de la sociedad*. *No se puede ser abogado, decía, sin sentir piedad por los que no tienen oportunidad de reclamar lo que les corresponde*. Poseía un corazón tierno, inclinado especialmente hacia los desfavorecidos y muy proclive a dejarse enredar en causas perdidas que jamás concluían bien.

Como toda defensa por su rosario de fracasos, se encogía de hombros y citaba a Cicerón: “Cuando truena a la izquierda es agüero favorable”. Y en aquella casa tronaba siempre a la izquierda, así que siguió encadenando descalabros con la sonrisa perenne en la cara. Le sacaba casi dos palmos de altura, moreno, de barba cerrada cuidadosamente recortada, que suavizaba el rostro cuadrado en el que resaltaban los ojos oscuros de mirada chispeante. Desgarbado, debido a la altura, perdía el paso cuando paseaban. La apabullante confianza que Rita desplegaba en todo lo que hacía o decía le desconcertaba y le hacía sentir inseguro de un modo que jamás consiguió superar. No obstante, se sentía fascinado por la belleza y el carisma de la madrileña, cuya mirada impenetrable estaba siempre cargada de extraños presagios que él no lograba descifrar.

La observaba a hurtadillas, admirado de que semejante mujer pudiera interesarse por él. Baja y de movimientos armoniosos, rubia, con ojos de un intenso marrón miel, inteligente, determinada y misteriosa. Justo en las antípodas de cómo era él. Oía, además, a una mezcla de jazmín y muguete que casaba perfectamente con su aire desenvuelto y fresco, cuando él no lograba disimular el olor a tabaco negro en sus dedos. Todo, en fin, contribuía a crear una estampa dispareja de los dos a la que Rita nunca prestó atención, pero de la que José Luis, siempre vacilante, se empeñó en huir, incluso después de casados. Y lo hizo hacia mujeres que no hacían más preguntas que las estrictamente necesarias para tarifar sus servicios.